



Universidad Autónoma  
del Estado de México

# La gran T



**Emily Cohen**

Zarah Kaajtlyn Vanessa Díaz Fonseca (Ilustración)



La gran T

Primera edición, julio 2022

*La gran T*

Emily Cohen

Tercer lugar del Noveno Concurso de Cuento Infantil

Zarah Kaajtlyn Vanessa Díaz Fonseca

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Editor

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-494-2

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: María José Gallardo Rubio

Diseño y formación: Mayra Flores Mercado



# La gran T

Emily Cohen

Zarah Kaajtlyn Vanessa Díaz Fonseca  
Ilustración



Universidad Autónoma  
del Estado de México

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales  
**Carlos Eduardo Barrera Díaz**  
Rector

Doctora en Humanidades  
**María de las Mercedes Portilla Luja**  
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración  
**Jorge Eduardo Robles Alvarez**  
Director de Publicaciones Universitarias

**Noveno Concurso de Cuento Infantil  
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)**

Director del Centro de Actividades Culturales  
Javier de Jesús López Castañares

Comité Organizador 2022  
Javier de Jesús López Castañares  
José Roberto Anaya López  
Mirna Guadalupe Ramírez Luna  
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

Jurado del Noveno Concurso de Cuento Infantil  
Paloma Cuevas Ramos  
Andrea Fernanda Abonce Pasillas  
Yuritza Areli Medellín Sánchez

*Para J, que siendo pequeño  
le hizo a su papá la Gran P.*

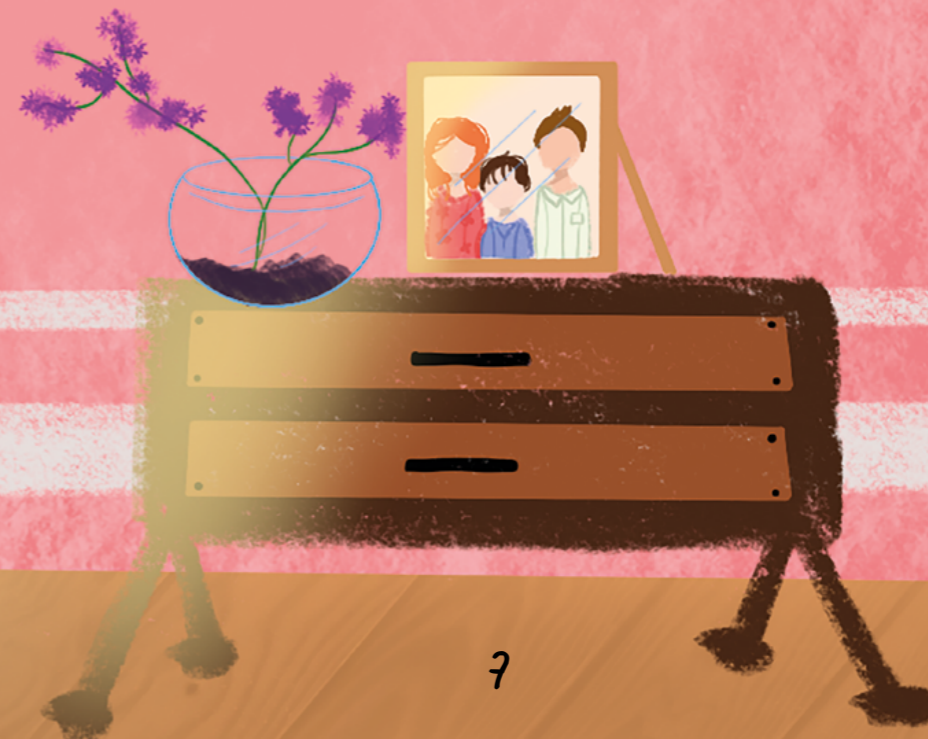




El día que le pregunté a mi **papá** por qué una persona se podía llamar León y no Tigre se desataron todos los problemas. **Papá** se desgastó tanto buscando una respuesta que le vino un brote sicótico, o sea, casi se vuelve loco. Eso me lo pareció a mí.

Aunque **mamá** intentó convencerme de que el problema era *genético-hereditario-familiar* y de una u otra forma hubiera sucedido, yo sigo creyendo que algo tuvo que ver mi pregunta. No era la primera vez que me metía en problemas por abusar de los signos de interrogación.

Soy **Mateo**. Para **papá** soy *el*hijo. En la escuela, *el*raro. Mi **mamá** me llama *amorcitomío* más veces que por mi nombre. En la cuadra, cuando creen que no escucho, me dicen *elsordito*. Me pregunto si todos tienen tantos sobrenombres como algunos de nosotros.





Al mundo no le gustan mucho los personajes como yo. En google se lee que “los personajes son seres reales o imaginarios que figuran en una obra literaria, teatral o cinematográfica”.

Yo considero que somos más que una persona.

Ese *-je* al final de la palabra no es de risa, es de *jodidamente especiales*, y no todos lo somos. Por ejemplo, el Principito es un gran personaje porque te pone a pensar en cosas súper importantes, como en tus amigos, en la envidia, en cuidar bien lo que amas.

Yo soy el personaje de esta obra literaria que ahora lees. Además, soy el principal, se lo escuché decir al autor. ¿Soy real o imaginario? Eso es lo menos importante. A nadie le importa si el Principito existió de verdad y todos lo leen. ¿O no?



Los personajes como yo tenemos una fuerza centrífuga que atrae y una fuerza contraria que repele. En otras palabras, llamo la atención pero caigo gordo.

Soy una presencia *non grata*, como se refiere mi *mamá* a su cuñada cuando viene de visita a la casa. No soporta que yo le diga: “Hola, tía”. Ella prefiere decir que es su cuñada, así suena más distante y frío. No entiendo cómo debería saludarla entonces... “¿Hola-cuñada-de-mi-mamá?”

*Non grata* son las personas poco bienvenidas, las que molestan con su presencia, como ese mosquito que te zumba en la oreja. No creo que en mi caso se deba a mi aspecto físico, aunque muy guapo no soy. Tengo un ojo que me brinca travieso y unas orejas que no escuchan bien. Bueno, sólo una de ellas. La otra ni existe. A esto se le llama *anotia*. ¡Anótalo!

En la oreja que por fortuna sí tengo, uso un aparato para escuchar mejor, entonces sordo completo no soy. Seguro que para ahora ya me encasillaste en el tema de la diversidad y la discapacidad, y estarás diciéndote que ya te han enseñado demasiado sobre la empatía y el cuidado, acerca de cómo aceptar lo diferente, no criticarlo y abrazarlo, pero esta historia no va sobre eso en lo absoluto y yo no necesito un abrazo.

—¿Por qué León y no Tigre...? ¿Por qué León y no Pantera...?

Mi **papá** comenzó a preguntarse estos asuntos mientras se lavaba los dientes a la mañana siguiente.

Yo había soltado la primera pregunta en la cena del viernes porque tenía que ver con una tarea que nos había dejado la **maestra** de quinto. Me gustan las tareas que nos conducen a pensar cosas distintas.

No como la maestra de cuarto que parecía un disco rayado: entrando al curso pedía que escribiéramos sobre nuestras vacaciones, después de Navidad que escribiéramos sobre nuestras vacaciones y antes de entrar al verano que escribiéramos sobre las vacaciones que deseábamos tener.  
¡¿Y si no salíamos de vacaciones, qué?! ¡¿Eh?!



Era un viernes y teníamos el fin de semana completo para pensar en la tarea. La **maestra** nos iba a premiar con 2 puntos extras en el examen final. Como mi promedio solía ser de 6, creí que esta vez quedaría mejor parado frente a mis **padres** con un bien merecido 8. Pero ni los puntos ni el examen llegaron a ser relevantes, no creerías todo lo que sucedió en ese fin de semana, el más extraño de mi vida.

Mi **papá** es un **científico** que trabaja con la teoría de los mundos paralelos y siempre nos dice que el tiempo es relativo. Yo no lo entendí hasta entonces, pero ahora te puedo explicar aquello que, antes que mi **papá**, descubrió **Einstein** y ambos llaman la teoría de la relatividad.

¿Te ha sucedido que a veces se te pasa eterno el tiempo cuando estás en la mesa comiendo brócoli mientras tus **papás** pelean por cosas que no entiendes? Pareciera que el tiempo se detiene. Pero, ¿acaso no se te hace que pasa rapidísimo cuando estás jugando videojuegos? Si te dicen que es hora de dormir no entiendes cómo es que pasó el tiempo tan rápido.

Eso representa lo relativo del tiempo. Se siente que pasa lento o veloz, depende de lo que estés haciendo, de tu estado de ánimo, del momento. Ese fin de semana fue tan largo como largas las ramas de un árbol que se pierden entre la niebla y tan veloz como el trueno que llega después del rayo y no te da tiempo de resguardarte antes de que caiga la lluvia.

Recuerdo que el sábado mi **mamá** le preguntó a **papá** si le apetecía desayunar huevos.

—¿Por qué mi secretaria se llama Flor pero no he conocido a ninguna que se llame Verdura?

**Mamá**, acostumbrada a los *déficits de atención* de **papá**, le sirvió fruta verde, pan tostado con mermelada y retiró el florero de la mesa. No quería desconcentrarlo mientras desayunaba.



14

3.

Los fines de semana acostumbramos ir al parque. **Mamá** cree que **papá** necesita distraerse y levantar la mirada de sus libros de vez en cuando. **Papá** nos acompaña cargando su maletín negro, lleno de libros, así que da lo mismo.

Estudió física cuántica y tiene una beca de la universidad para investigar sobre los mundos paralelos.

Es una teoría que no alcanzo a comprender del todo, pero básicamente dice que dos cosas pueden suceder al mismo tiempo en dos planos distintos.

Por ejemplo, la lámpara podría estar prendida en tu recámara y apagada a la vez en otra realidad.

Tu gato que ya está muerto en este mundo es posible que viva en otro. No es fácil entender a **papá** cuando habla sobre la **Gran T** (como él le llama a su teoría) porque utiliza palabras extrañas que mi oído sordo capta de manera distorsionada y mis neuronas completan con gran imaginación.



15

Así, cuando dice que existen mundos diversos pienso que habla de hombres mudos y perversos, cuando hace lista de cotejos creo que habla sobre una pista para conejos, con incertidumbre me confundo con la servidumbre, y cuando anuncia que ha encontrado un nuevo ejemplo de transmutación, lo escucho bien pero no entiendo de qué habla.

Dicen que el sordo no oye, pero bien que compone cuando sabe hacerlo.



En el parque, la historia se repite como aquella película de *El Día de la Marmota*. Unos pocos, cuando miran mi físico y mi andar (no te he dicho que una infección invadió mi cuerpo al nacer y por ello arrastro un pie al caminar como secuela), les pica la compasión como si fuera comezón y se la rascan acercándose.

Casi nadie es prudente y se les nota la lástima, como cuando disimulas una risa o un gas, te lo aguantas y no puedes más por huir de ahí. Pero la mayoría son sarcásticos y directos. Me gusta que no se anden por las ramas conmigo.

Hubo un chico que me llamó *niño-robot* por eso del aparato del oído. Otro preguntó si mi pierna era escoba, por eso del arrastre, y uno más me dijo: “¡Eres tan feo que cuando tu mamá te lleva a acampar, los coyotes prenden una fogata para que no te acerques a ellos!”. Este último me pareció genial, aunque creo que el chiste lo sacó de internet.

Pero para los que me conocen mejor y mi físico no les altera, el problema que me encuentran es lo preguntón que soy. La curiosidad es como mi alimento, mi proteína y mi azúcar, la necesito para vivir. Además, como no tengo filtro —de acuerdo con el reporte de la siquiatra que me dice de cariño *máquina de hacer café sin filtro*— deo salir de mi boca todo tipo de barbaridades, o impertinencias, como dice mi *papá*.

Una vez *mamá* andaba preocupada porque se fuera a morir joven como su abuela. Yo le dije que joven ya no se podía morir, porque joven ya no era. Recuerdo que a sus 35 años se molestó con mi comentario, pero luego se rio disimuladamente, mientras se veía al espejo y estiraba la carnita debajo de sus párpados con los dedos.

4.

Preguntas que podrían no tener respuesta, además de la que le hice a mi padre.

1. Si nosotros contamos ovejas para poder dormirnos, ¿qué contarán las ovejas para quedarse dormidas?
2. ¿Por qué se llama *pelota* a la pelota y no se le dice *bota*, si *bota*?
3. Cuando se va la luz, ¿adónde se va?
4. ¿Por qué a la *bota* la llamamos así si ni *bota*?
5. ¿Por qué *todo junto* se escribe separado y *separado se* escribe todo junto?



6. Pensando en **papá** y su **Gran T**: ¿si hay un más allá, habrá también un menos acá?
7. Recordando a mi gato muerto: ¿existe comida para gatos con sabor a ratón?
8. En honor a mi **mamá**: ¿por qué se queja de tener ojos de gallo en los pies y patas de gallo en los ojos?
9. Si mi tío Lalo, que es abogado, se volviera loco, ¿perdería el juicio?
10. ¿Por qué siempre debemos tener respuesta a nuestras preguntas?

La realidad es que la **maestra** nos había pedido que pensáramos en **una pregunta que no tuviera respuesta**. Esa era la tarea.

Ya nos explicaría más adelante que vivimos en un mundo repleto de información rápida (antes nos había dado una clase sobre la comida rápida y otra sobre el dinero fácil, al parecer somos una generación líquida de *pisaycorre*, como nos llama ella en broma) y que las respuestas a todas nuestras interrogantes del momento se podían consultar en internet en unos segundos saciando nuestra curiosidad.





—Pero la curiosidad, muchachos, no se quita con un vaso de agua —nos decía la **maestra**—. Se necesita más que eso para llenarla y siempre debemos dejar un espacio de sed, de duda, para que no muera. Es como una llama que no debe extinguirse jamás.

Acostumbraba terminar sus clases con una frase. La del día que nos dejó la **Gran T** (la tarea, pues) fue esta:

*El aburrimiento se cura con curiosidad.  
La curiosidad no se cura con nada.*

Yo hubiese creído que mi pregunta era buena pero mi **papá** andaba bien apurado en demostrarme que no lo era...

*“¿Por qué alguien se puede llamar León y no Tigre?”*

Esa tarde del parque lo vi mirando el horizonte y sin abrir sus libros lo escuché preguntar a **mamá**:

—**Ilse**, ¿cómo es que Perla y Esmeralda trabajan en mi oficina y no tengo a nadie que se llame Oro o Cuarzo...?

»¿Por qué conozco a una mujer llamada Victoria, pero nunca he escuchado de alguien que se llame Éxito...?

»¿Por qué Rosa es correcto y Girasol no...?

»¿Por qué Luna y no Astro...?

Mi **mamá**, acostumbrada a las extravagancias de **papá**, le dio una mandarina para calmarle los nervios. O para que se callara.



5.

Ya para la noche de ese día comenzaron las quejas de mi **papá**. Le dolía la cabeza...

—Es por pensar demasiado —le decía **mamá**—. Por no comer las verduras orientales que te cocino. Por culpa de tu **Gran T**.

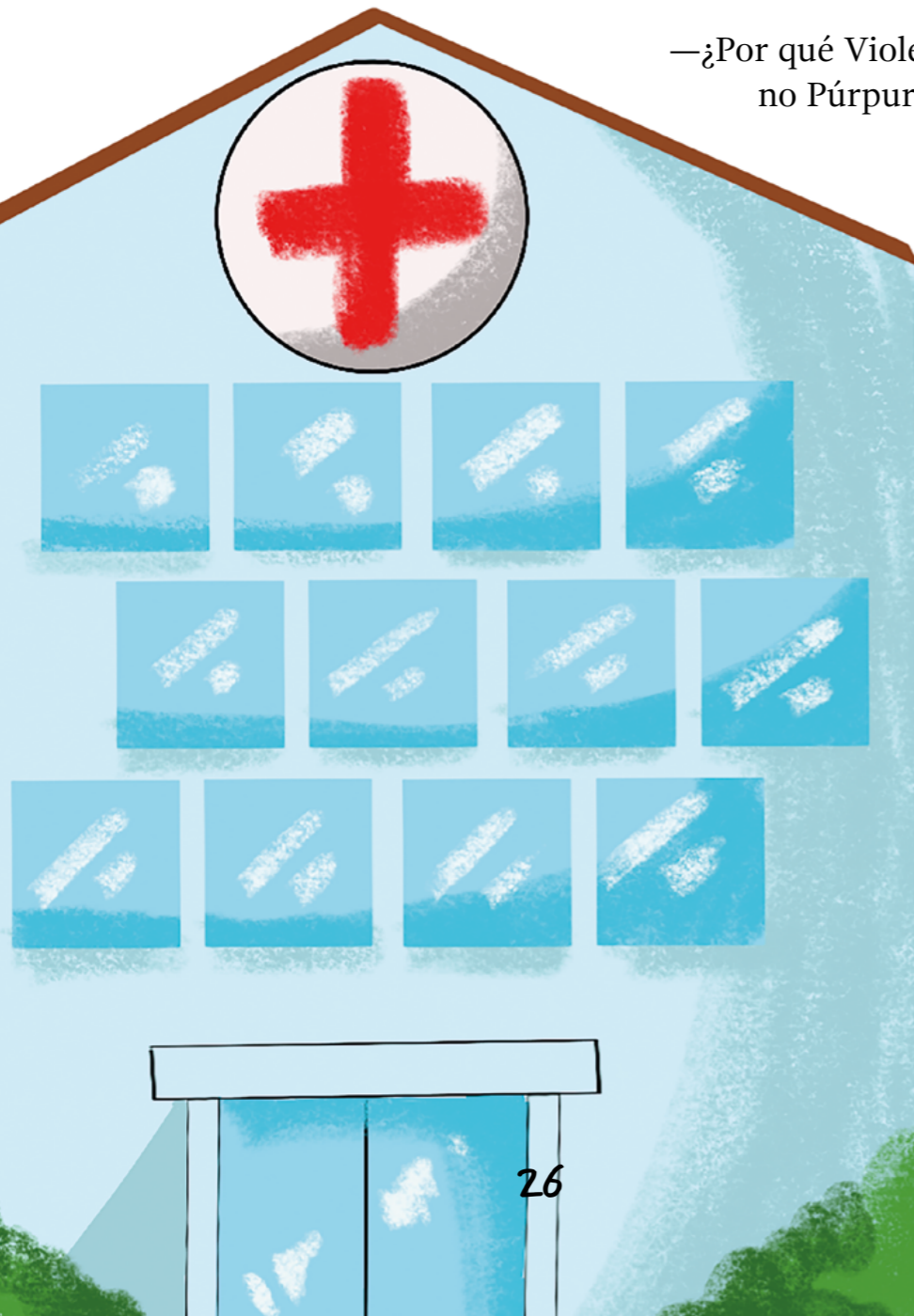
La realidad es que en **papá** se estaba gestando un brote sicótico. Eso quiere decir que estaba por romper sus lazos con la realidad, como cuando yo me pongo los lentes de Warcraft y me introduzco en otro plano que no existe.

Sólo que lo de **papá** no era juego. Según el doctor, ya que en la familia había un pasado de enfermedades mentales, mi **papá** tenía en sus neuronas una parte de ese pasado. Como las migajas del pastel que se te quedan pegadas en el cuerpo. Y el estrés por el que estaba pasando hacía que cobraran factura.

La cuestión es que cada uno tenía su propia explicación de la cuota de estrés. **Mamá** creía que era por el trabajo. **Papá** creía que era por las incógnitas no resueltas de la **Gran T** (su teoría, no mi tarea). **Yo** estaba seguro de que se debía a mi pregunta y a la ansiedad que a **papá** le ocasionaba la falta de respuestas.

Por la noche, cuando me levanté a hacer pipí y pasé por la puerta abierta de su recámara, le escuché rumiar bajo las sábanas.

—¿Por qué Violeta y no Púrpura...?



El domingo temprano se lo llevaron al hospital. Yo, como siempre, impertinente y preguntón, le dije al enfermero.

—¿Por qué los buzos trabajan a presión y no les pasa nada y a mi padre sí?

No supo responderme. Tampoco es que esperara que lo hiciera. Pero hizo una mueca como preguntando: “¿Estás de broma?”

No lo estaba y a la vez, intentaba encontrar una pregunta sin respuesta para la tarea del día siguiente, porque si bien me preocupaba mucho la salud de mi **papá**, creí que se pondría aun peor si reprobaba el examen de quinto.

Mi ojo brincó, mi aparato se apagó (no le cambié la pila a tiempo) y el silencio reinó en casa la mañana del domingo que mi **mamá** se fue con **papá** en la ambulancia.

Sigilo. Mutismo. Pausa.





Mientras pensaba en todas las palabras parecidas a *silencio* me pregunté cuál era el sinónimo de *sinónimo*. Parecía una buena pregunta pero en realidad no lo fue, tenía múltiples respuestas.



6.

Algunas preguntas impertinentes que han puesto a mi mamá color ciruela.

1. A mi tía Frida le pregunté cuántos meses de embarazo tenía, pero el que llevaba cinco meses de nacido era su bebé, mi primo Víctor.
2. Al señor cartero, que es bastante chaparro, le pregunté que si lavaban su ropa en la licuadora y se gastaba poco en jabón.
3. A un compañero judío de la escuela le pregunté algo que mi mamá no me permitió repetir.
4. A Carlos, el nuevo compañero de la escuela, que era calvo y yo no tenía ni idea que era por cáncer, le pregunté si sus ideas eran descabelladas.

7.

**Papá** estuvo sólo unas horas en el hospital. Le recetaron:

- Clozapina
- Un dieta sana en verduras (**papá** sólo come las que son verdes) y fruta (**papá** no prueba las que son rojas)
- Ejercicio
- Y la más complicada de las medicinas: evitar situaciones estresantes. (Imposible).

**Papá** es sinónimo de *estrés-crónico-mental*. Lo supe porque la curiosidad me pica como si fuera un cactus clavado en mi nalga y lo he investigado por mi cuenta. Es un tipo de tensión que dura mucho tiempo y estoy seguro de que no cesará hasta que **papá** resuelva las incógnitas de su **Gran T** (su teoría).

El problema es que son inacabables las preguntas que tiene. He visto cómo las anota en su desordenado estudio: hojas por allá, cuadernos por acá, notas arrugadas en el piso, botes de basura a reventar, tachones y borrones.

Cuando echo un vistazo secreto a ese cuarto leo algunas de sus preguntas y entiendo de dónde salí yo. Dicen que la manzana nunca cae lejos del árbol.

- ★ ¿Existe teóricamente la manera de comprobar que se puede viajar en el tiempo?
- ★ ¿Cómo definir en ~~ent~~za, el entrelazamiento cuántico sin tomar en cuenta la  $Pi \neq 0$ ?
- ★ ¿Es posible crear la partícula de Dios?

Cuando entro a su estudio salgo más confundido, pero me gusta hacerlo porque siento que descubro una dimensión desconocida. La realidad alterna de la que tanto habla **papá**. Pareciera como si al cruzar la puerta entrara al mundo de aquel hombre que casi no habla, casi no duerme y da la imagen de casi no respirar.





Sin embargo, lo hace por medio de sus ideas, de sus rayones, de las investigaciones y los estudios científicos que lee. Mi **padre** también se alimenta de la curiosidad y tiene unas inmensas ganas de saciarla. En eso quizá seamos distintos.

Yo creo que las no-respuestas también son buenas. No siempre la certeza es lo mejor. Si todo debe tener un porqué se pierde la oportunidad de pensar en un para qué.

En mi caso no estoy seguro de saber por qué estoy medio sordo y bien bizco, pero quizá para algo me servirá en el futuro, además de para hacer reír a los demás en el presente.

Posiblemente, poder apagar mi aparato cuando lo desee me permita escapar del ruido de la ciudad cuando me parezca insoportable. En una de esas el hecho de no tener mis ojos alineados me ayude a mirar más allá de lo que tengo enfrente. Mi pie que se arrastra impidió que compitiera en el maratón que hizo la escuela en beneficio de los niños indígenas. Seguro que en el futuro me salvará de otras competencias más, que tanto las odio.

Dejé de pensar en esos asuntos porque tenía uno más importante que resolver. ¡La tarea del siguiente día! ¡Mi Gran T! No sabía entonces que no tendría que hacerla porque no me presentaría a clases.



Por la noche del domingo de ese largo fin de semana (que no había sido tan largo como yo lo creía porque al final estaba hecho de los mismos dos días de siempre y de las acostumbradas 48 horas, pero, como ya sabemos, eso es relativo porque el tiempo lo es, y a cada uno se le pasa como se le pasa, lento o rápido) papá arribó del hospital y muy emocionado entró a mi cuarto anunciando que tenía la respuesta a mi pregunta.

—Pero ¡¿cómo?! —me dije a mí mismo.

¡Si yo estaba súper seguro de que no debía haber una respuesta lógica a mi **Gran P** (o sea, mi gran pregunta)! ¡Cuál es la razón por la que alguien se pueda llamar León y no Tigre!

¡Entonces mi **papá** se puso a parlotear como perico ansioso, a explicarme no sé qué teorías, incluso me pareció escuchar uno que otro número y hasta un país! ¡No entendí nada de lo que dijo o no quise entenderlo!, no lo sé...

Comencé a sentir una bola de enojo dentro de mí, una araña se me enredaba en la cabeza con las ideas y una piedra rasposa se instalaba en mi garganta.

¡Quería gritarle que por qué razón no se dejaba llevar por el sinsentido!  
¡Que no todo debía resolverse! ¡Que también lo no resuelto era bueno!

¡Que la tarea de mi **maestra** era excelente y por gente como él, decidida a explicar absolutamente todo, ningún compañero podría tener dos puntos extras en el examen!

¡Que por pensar tanto le daban esos ataques y ahora tendría que comer frutas y verduras que no le gustan!

¡Que por su culpa iba a reprobar el año!

Casi le digo que por su culpa era sordo, pero me di cuenta de que era un costal muy grande de culpas para cargar.

No le dije nada...

Por primera vez tuve el filtro adecuado de no ser impertinente ni hacer pregunta alguna.

Le di las gracias y me dormí.





9.

Al otro día simulé tener calentura (es muy fácil cuando te untas chile en las axilas para luego limpiarlo con una toalla mojada con agua caliente) y me quedé en casa.

No tenía tarea alguna que presentar y no quise que nadie se burlara del sordo-bizco que además trae de escoba una pierna y pregunta todo. Ese día no.

Me quedé en casa jugando uno de mis juegos favoritos de simulación virtual y pensando en los hoyos negros. No en los que había leído en los apuntes de papá, sino en los que te perforan el estómago cuando quisieras que las cosas fueran distintas.

Quería un mundo menos rápido para poderlo alcanzar.  
En el que hubiera más preguntas que respuestas.

En el que los papás convivieran con sus hijos en esta realidad y no en una alterna. Pasé mucho tiempo pensando en esto. O quizá no tanto. ¿Quién lo sabe? El tiempo es relativo.

10.

Antes de quedarme dormido esa noche me pregunté.

—¿Por qué las ciruelas negras son rojas cuando están verdes?

Luego recordé que la Gran T ya había terminado. Suspiré y dormí más tranquilo.

Fin





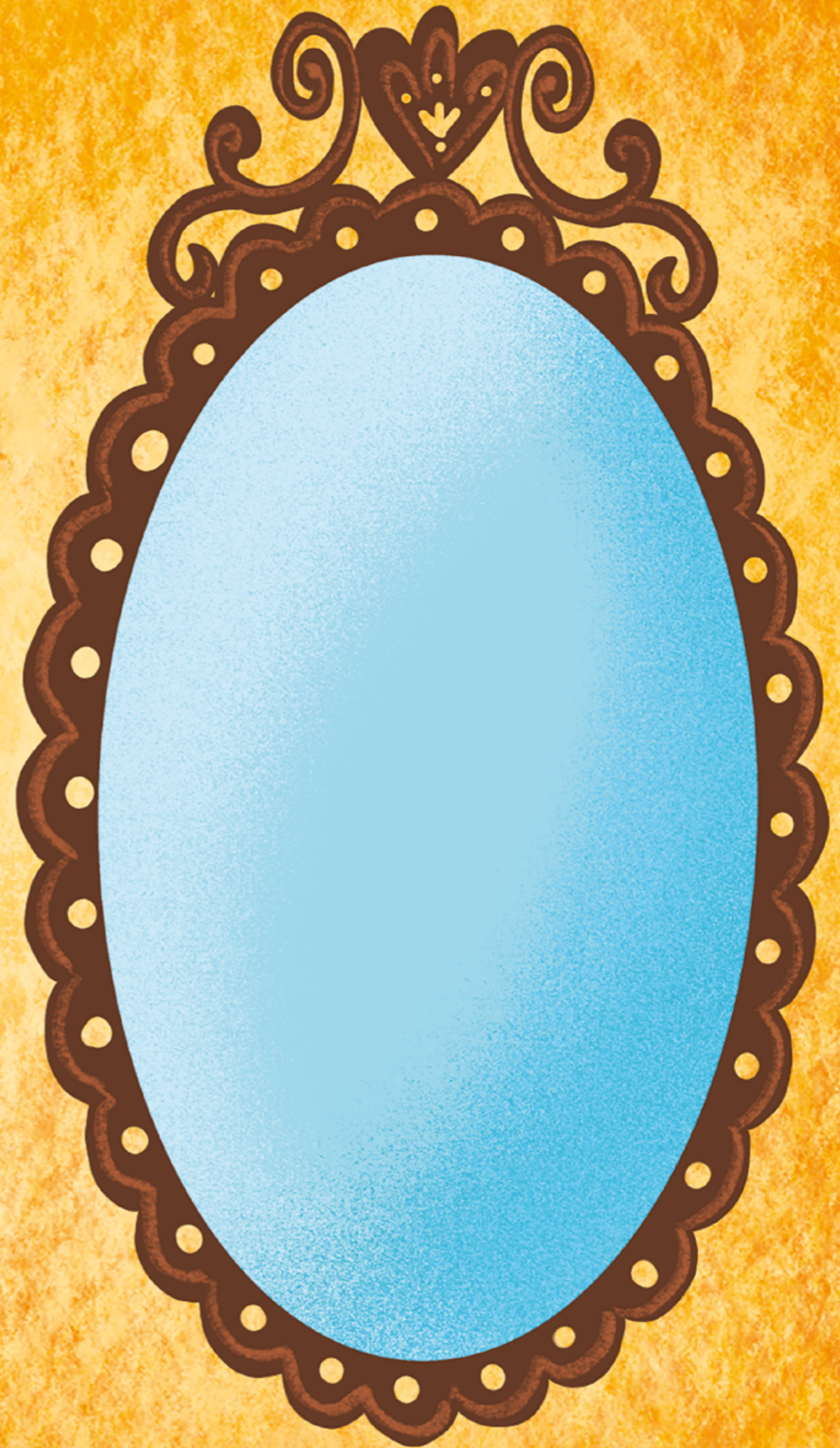
### EMILY COHEN

A Emily le encantan los dulces y comerse a sus nietos a besos. Disfruta mucho leer y compenetrarse en las historias de sus cuatro hijos y sus dos nueras que tanto amor le despiertan. En sus ratos libres estudió una licenciatura en Comunicación Humana, una maestría en Educación Especial y un doctorado en Educación. Trabajó con niños con dificultades en la audición y el lenguaje, imparte clases en distintas universidades y se han publicado algunos cuentos suyos en distintas editoriales. Actualmente se deleita escribiendo, a lado de su marido, el más bello y complejo de los libros. Juntos se divierten inventando escenas graciosas, de acción, dramáticas, místicas, musicales o de suspenso. Pacientemente esperan que, al terminar de redactarlo, sea tan bueno que den ganas de volverlo a leer.



### ZARAH KAAJTLYN VANESSA DÍAZ FONSECA (KEYTSHANA)

Es una joven diseñadora gráfica que está especializada en ilustración digital y tradicional. Es una destacada egresada de la Universidad Tres Culturas (2021). Ha realizado diversos proyectos empresariales dentro y fuera de la universidad. Participó en el certamen internacional "A la muerte con una sonrisa", organizado por el Museo Mexicano del Diseño (MUMEDI). Como profesionalista se centra en la exploración de diversos estilos y técnicas aplicadas al diseño y la ilustración, las cuales aterriza en sus creaciones plásticas. Ilustró el cuento infantil *El ruiseñor de armario* de Jesús Alberto Martínez Ramírez (UAEM, 2021). Recientemente ha emprendido su propia marca de joyería y accesorios llamada KeytShana.





- △ Para leer en Navidad
- ✶ Para leer fuera de Navidad
- 🥛 Acompañar con un vaso de leche
- 🚗 Para leer en el auto de papá
- 🚗 Para leer en el auto de mamá
- 🕒 Para leer solo y esperando
- 📺 Para leer antes de dormir



SDC